

el frío

ALVARO MENEN DESLEAL

Ahora que se ha iniciado la Nueva Glaciación, es bueno que sepas lo que Claudio Eliano cuenta en sus "Historias Varias". Es el caso que, después de una gran nevada, el rey de los escitas se asombró mucho al encontrar un hombre completamente desnudo.

—¡Cómo! ¿No sientes frío? —preguntó el rey, enfundado en sus pieles.

—¿Sientes tú frío en la cara? —replicó el hombre.

—No.

—Pues bien, yo soy todo cara.



es el significado a medio camino que ofrece el teatro de títeres, el teatro de marionetas, suspendidas macabramente en el aire con los hijos que los deforman y los mueven.

El Nuevo Niño Dios es un títere enano. La yuxtaposición de culturas, el pacto sin grandeza que han firmado las grandes religiones y las grandes tradiciones: hebrea, griega y el Cristianismo, su resultante, se enfrenta al mestizaje que Cholula representa y en suma casi aritmética produce un enano.

La Divina Comedia se vuelve parodia o farsa trágica.

La tercera parte del libro se intitula *Visite nuestros subterráneos* y Cholula se convierte en Infierno de pacotilla y el Narrador en un Virgilio-guía de turistas.

"Me preguntaron si estaba de acuerdo y dije que a ver, en principio sí, pero como no tenía las razones que algunos de ellos podrían tener, quería que me convencieran, no para la acción, pues yo sería una especie de Virgilio presente y de Narrador futuro, yo no sería, finalmente, activo, sino para enterarme y tener los cabos en la mano y poder ga-

rabatear unas cuartillas con letra de mosca." Vaya consolación. Vaya desolación, exclama Freddy Lambert, narrador de esta tercera parte, interlocutor, antes de Elizabeth, la Dragona.

La Divina Comedia exige un guía, Virgilio, augusto escritor hereje lleva de la mano al Dante. Freddy es a la vez el Dante y el Virgilio de esta farsa para marionetas.

El cambio de piel exige una nueva concepción del Paraíso, una nueva expiación de la culpa original; más bien exige la no concepción de la culpa, la necesidad de quitarle a la serpiente su connotación luzbélica, de devolverle en pleno su sentido fálico, su signo iconográfico amoroso. No es el conocimiento lo que falta al hombre, es el amor.

Decirlo así parece implicar la caída en valores gastados que se ostentan en las solapas cotidianas, en los slogans de los botones de Make Love not War, o en las margaritas asoleadas de los hippies, es caer en lo camp del camp. Pero este Infierno al que se llega bajando la escalinata en una visita turística de fin de semana es el resultado evidente de

una civilización mutilada, "sin la mitad de su ser".

Javier pretende escribir una novela y revivir su historia de amor con Isabel, la novillera ¿la novicia? y abandonar a la Dragona, su compañera, la judía de Nueva York y del Parque México. Pienso recrear así el Paraíso perdido, en una nueva creación original, en un nuevo encuentro que lo convierte en el Primer Hombre y a ella en la Primera Mujer, un nuevo Adán y una nueva Eva en el principio de la Creación, vueltos al Paraíso. Pero Javier comprende, enfrentado al laberinto-subterráneo-Infierno que

"el infierno con Ligeia es mi costumbre, mi veneno, mi tóxico, Que nada entendería, que el mundo se vendría abajo sin esa costumbre... Que la prefiere, con su esterilidad y su rutina, porque es violenta y extrema, a otra esterilidad y a otra rutina —las de la creación, pues ahora también respira, mastica, digiere, ve, toca, huele, sigue siendo el mismo tubo entre la boca y el ano..."

A lo que Ligeia responde:

"Algún día venceremos. Que importa ahora. Nunca entendiste que mis mentiras eran sólo una respuesta a las tuyas... Tú me amabas disfrazándome. Yo te correspondía de la misma manera. Nuestras dos mentiras son nuestra solitaria verdad."

El enfrentamiento cancela la representación. Javier descubre su juego y rompe la máscara. Porque en última instancia le pasa lo que a Borges cuando habla de Miriam Hopkins:

"Miriam Hopkins está hecha de Miriam Hopkins, no de los principios nitrogenados o minerales, hidratos de carbono, alcaloides y grasas neutras, que forman la sustancia transitoria de ese fino espectro de plata o esencia inteligible de Hollywood" (*Historia de la eternidad*).

Mitificar a Javier y a Elizabeth significa darles un fragmento de aquello que los Inmortales daban a los hijos de los Mortales, la heroicidad. Hacerlos mito y oficiales en una ceremonia los enfrenta sólo a su propia realidad. La falsa catástrofe impide el reconocimiento, por ello es parcial y quizás inexistente. La desaparición del doble fragmenta al espejo, ese espejo vacío del que Borges, Borges, el eterno, dice:

"Su plenitud es la del espejo, que simula estar lleno y está vacío; es un fantasma que ni siquiera desaparece, porque no tiene ni la capacidad de cesar."

Javier y Elizabeth regresan juntos, purificados de su viaje infernal, atrás dejan al Perro de Cholula, babeante y amarillo, Cancerbero ominoso de nuestro Hades autóctono. Carlos Fuentes regresa al principio y recoge al Niño Enmascarado, ese niño que engendró en su primera obra. Fiel a su simbología, la serpiente se muerde la cola: está lista para el cambio de piel.